

El libro de Daniel - Número ciento siete

La narrativa profética: de Jeroboam a Josías y la restauración de las sendas antiguas

Jeff Pippenger
2024-02-29

En 1844, los protestantes de los Estados Unidos se retiraron del movimiento milerita y adoptaron su posición profética como hija de Babilonia, según lo tipificado por Jeroboam al instituir un sistema de adoración falso cuando sus diez tribus del norte se separaron del reino del sur de Judá. Los dos becerros de oro de Jeroboam, uno en la ciudad de Betel (que significa "la casa de Dios"/Iglesia) y el otro en Dan (que significa juicio/Estado), tipificaban el sistema falso de Iglesia y Estado que tipifica a los Estados Unidos. Todos los elementos del sistema falso de iglesia y estado de Jeroboam se modelaron según la misma estructura establecida en la rebelión de Aarón. Así, el sistema falso de adoración de Jeroboam fue una imagen del sistema falso de adoración de Aarón.

El sistema falsificado de Jeroboam representaba el sistema de adoración que el protestantismo mantuvo cuando se separó del movimiento del primer ángel y se convirtió en una hija, o en una imagen de la bestia romana del papado. En el mismo momento de la instauración del sistema falsificado de Jeroboam, un profeta de Judá se enfrentó a su altar y a su falso sistema de adoración. En 1844, justo al inicio del papel del protestantismo apóstata al instituir un sistema de adoración representado como hija de Roma, los mileritas, por la fe, entraron en el Lugar Santísimo del santuario celestial y reconocieron el sábado, y así constituyeron una reprensión profética para las hijas de Roma, que eligieron seguir observando la marca de la autoridad de Roma—la adoración dominical.

El profeta de Judá que se enfrentó a Jeroboam pronunció allí mismo una profecía.

Y clamó contra el altar por la palabra del Señor, y dijo: ¡Oh altar, altar! Así dice el Señor: He aquí, a la casa de David nacerá un hijo, llamado Josías; y sobre ti sacrificará a los sacerdotes de los lugares altos que queman incienso sobre ti, y sobre ti se quemarán huesos de hombres. Y aquel mismo día dio una señal, diciendo: Esta es la señal de que el Señor ha hablado: He aquí, el altar se partirá, y la ceniza que está sobre él será derramada. 1 Reyes 13:2, 3.

La profecía incluía la duplicación de la palabra «altar». La duplicación de una palabra o frase en la profecía representa un símbolo del mensaje del segundo ángel, identificando así el año 1844, cuando llegó el segundo ángel y el protestantismo cayó, convirtiéndose en una hija de Babilonia. Al mismo tiempo, el profeta dio una señal, así como los mileritas en 1844 reconocieron la señal del sábado. Cuando Jeroboam amenazó al profeta en los versículos siguientes, su mano quedó paralizada, aludiendo así a la marca de Babilonia que se impone ya sea en la frente o en la mano, y que, cuando se recibe, inutiliza espiritualmente a una persona para la eternidad.

Para los fines de este estudio, estamos considerando la predicción que el profeta expuso, en la que se anuncia que “nacerá un niño para la casa de David, llamado Josías; y sobre ti sacrificará a los sacerdotes de los lugares altos que queman incienso sobre ti, y sobre ti se quemarán huesos de hombres”. Josías significa “el fundamento de Dios”, y representa los fundamentos del Adventismo que se edificaron en la misma historia tipificada por la inauguración, por parte de Jeroboam, de su falso sistema de adoración. Sobre el falso sistema de adoración instituido por Jeroboam, Josías castigaría a los sacerdotes que dirigían el culto falso.

El profeta desobedeció el mandato del Señor de no regresar por el mismo camino por el que había ido a la entronización de Jeroboam, y de no comer ni beber en Betel. Cuando comió el alimento del profeta mentiroso de Betel, fue presentado como un símbolo de la muerte que sobrevendría a aquellos que, después de 1844, optarían por volver a comer de las doctrinas y de las metodologías proféticas falsas del protestantismo apóstata, representada por la rebelión de 1863. El lecho de muerte de los que se rebelaron en 1863 sería el mismo lecho de muerte que el del profeta mentiroso de Betel. El lecho de muerte del protestantismo apóstata fue la historia desde el 11 de agosto de 1840 hasta 1844, cuando ellos, el antiguo pueblo escogido de Dios, fueron pasados por alto y se convirtieron en las hijas de Roma. El lecho de muerte del adventismo laodicense también estará entre la fecha en que el poderoso ángel descendió el 11 de septiembre de 2001, como lo había hecho en 1840, y la hora del gran terremoto, que representa la inminente ley dominical.

El 11 de septiembre de 2001, comenzó el sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil y el ángel empezó a moverse por Jerusalén poniendo una señal en la frente de los que gimen y claman por las abominaciones cometidas en la tierra (los Estados Unidos) y en la iglesia (el adventismo laodicense). El 11 de septiembre de 2001, los pecados de los padres representados por las cuatro abominaciones de Ezequiel se convirtieron en verdades presentes de prueba en el proceso de sellamiento que entonces comenzó.

La prueba de 1863 implicó los fundamentos del movimiento millerita tal como estaban representados por los "siete tiempos" de Levítico veintiséis, que habían sido rechazados en 1863. La prueba implicaba una voluntad o falta de voluntad de volver a las sendas antiguas de Jeremías para hallar el descanso de la lluvia tardía. La prueba de 1888 fue el mensaje a la iglesia de Laodicea, tal como lo trajeron los ancianos Jones y Waggoner, que también era el mensaje de la justificación por la fe.

En 1856, el mensaje a Laodicea llegó por primera vez al movimiento de los milleritas, y llegó con la luz aumentada de los “siete tiempos”, pero tanto la experiencia representada por los remedios en el mensaje a Laodicea como el mensaje de la historia profética fueron rechazados en 1863. La experiencia estaba representada por la visión (mareh) de “la apariencia”, y la visión (chazon) de la “historia profética”; ambas fueron rechazadas. Ambas visiones habían encontrado su cumplimiento el 22 de octubre de 1844, y diecinueve años después ambas fueron rechazadas, porque Jesús siempre identifica el fin con el principio.

El 11 de septiembre de 2001, la prueba de las rebeliones de 1863 y 1888 volvió a ser una verdad de prueba, pues ambas estaban conectadas con las sendas antiguas de Jeremías. En esa fecha llegó el

mensaje de la lluvia tardía, y también llegó la prueba de 1919, pues en 1919 se presentó el falso evangelio de un Cristo desprovisto de toda relevancia profética como un mensaje falsificado de "paz y seguridad". Cuando el ángel poderoso del capítulo dieciocho de Apocalipsis descendió el 11 de septiembre de 2001, se cumplieron los versículos del uno al tres, y los versículos del uno al tres representan el mensaje de la "primera voz".

«¿De dónde viene la afirmación de que he declarado que Nueva York ha de ser arrasada por una maremoto? Esto nunca lo he dicho. He dicho, al contemplar los grandes edificios que allí se levantaban, piso tras piso: “¡Qué escenas tan terribles tendrán lugar cuando el Señor se levante para sacudir terriblemente la tierra! Entonces se cumplirán las palabras de Apocalipsis 18:1-3.” Todo el capítulo dieciocho de Apocalipsis es una advertencia de lo que ha de sobrevenir sobre la tierra. Pero no tengo luz en particular con respecto a lo que ha de venir sobre Nueva York, sino únicamente que sé que un día los grandes edificios de allí serán derribados por el giro y trastorno del poder de Dios. Por la luz que me ha sido dada, sé que hay destrucción en el mundo. Una palabra del Señor, un toque de su poder omnipotente, y estas estructuras macizas caerán. Ocurrirán escenas cuya terrible magnitud no podemos imaginar.»
Review and Herald, 5 de julio de 1906.

Con la llegada del ángel de Apocalipsis dieciocho, la lluvia tardía comenzó a derramarse, y comenzó el “debate profético” representado en Habacuc capítulo dos. El debate giraba en torno a dos metodologías para comprender la profecía bíblica, y sobre un mensaje de la lluvia tardía, uno falso y otro verdadero. El debate termina cuando llega la “segunda voz” de Apocalipsis dieciocho e identifica el comienzo del juicio ejecutivo de Dios sobre la Babilonia moderna, y llama a salir de Babilonia a las otras ovejas de Dios. La llegada de la segunda voz marca el fin de la historia del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, lo cual está representado por la cuarta abominación, que a su vez representa a la cuarta y última generación del adventismo laodicense como postrándose ante el sol, en la inminente ley dominical.

El lecho de muerte del protestantismo apóstata, entre el descenso del ángel y la puerta cerrada de 1844, tipificó el lecho de muerte del adventismo laodicense entre el descenso del ángel y la puerta cerrada de la próxima ley dominical. El profeta de Judá fue sepultado en la misma tumba que el profeta mentiroso de Betel, y cuando el rey Josías inició su reforma, se presentó ante esa misma tumba. La reforma del rey Josías, cuyo nombre representa “los fundamentos de Dios”, comenzó cuando Dios empezó a guiar a Su pueblo de los últimos días de vuelta a los fundamentos el 11 de septiembre de 2001. Su reforma había comenzado cuando se emprendió la obra de restaurar el templo.

Y aconteció en el año dieciocho del rey Josías, que el rey envió a Safán hijo de Azalías, hijo de Mesulam, escriba, a la casa del Señor, diciendo: Sube a Hilcías el sumo sacerdote, para que haga el recuento de la plata que ha sido traída a la casa del Señor, la cual los porteros han recogido del pueblo; y que la entreguen en mano de los que hacen la obra, que tienen a su cargo la casa del Señor; y que la den a los que hacen la obra que está en la casa del Señor, para reparar las brechas de la casa, a los carpinteros, y a los constructores, y a los albañiles, y para comprar madera y piedra labrada para reparar la casa. Sin embargo, no se les pidió cuenta del dinero que se entregaba en su mano, porque obraban fielmente. Y Hilcías el sumo sacerdote

dijo a Safán el escriba: He hallado el libro de la ley en la casa del Señor. E Hilcías dio el libro a Safán, y él lo leyó. Y Safán el escriba vino al rey, y dio al rey el informe, diciendo: Tus siervos han recogido el dinero que se halló en la casa, y lo han entregado en mano de los que hacen la obra, que tienen a su cargo la casa del Señor. Además, Safán el escriba hizo saber al rey, diciendo: Hilcías el sacerdote me ha entregado un libro. Y Safán lo leyó delante del rey. Y sucedió que, cuando el rey oyó las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos. Y el rey mandó a Hilcías el sacerdote, y a Ahicam hijo de Safán, y a Acbor hijo de Micaías, y a Safán el escriba, y a Asaías siervo del rey, diciendo: Id, consultad al Señor por mí, y por el pueblo, y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha encontrado; porque grande es la ira del Señor que se ha encendido contra nosotros, por cuanto nuestros padres no atendieron a las palabras de este libro, para hacer conforme a todo lo que está escrito acerca de nosotros. 2 Reyes 22:3-13.

La predicción de que nacería un niño llamado Josías identifica el 11 de septiembre de 2001 como el momento en que el poderoso ángel descendió y condujo a su pueblo del tiempo del fin de vuelta a las sendas antiguas. Aquel descenso había sido tipificado por el descenso del mismo ángel el 11 de agosto de 1840. Ambos descensos señalaron el cumplimiento de una profecía del islam. La figura histórica cuyo nombre está asociado con identificar de antemano y publicar la predicción anticipada del cumplimiento de la profecía de tiempo del islam que se encuentra en Apocalipsis capítulo nueve, versículo quince, fue Josías.

En ambos descensos del ángel de Apocalipsis, capítulo diez o dieciocho, queda marcado el nombre “Josías”. Josiah Litch presentó el mensaje del islam que se cumplió el 11 de agosto de 1840, y el 11 de septiembre de 2001 se cumplió en el adventismo laodicense la profecía del nacimiento de un niño llamado Josías, que había sido expuesta por el profeta desobediente en la historia de Jeroboam, mientras el ángel conducía a su pueblo de los últimos días de regreso a la historia fundacional, donde la confrontación entre el profeta desobediente y Jeroboam había alcanzado su cumplimiento. El testimonio bíblico identificó una predicción de un Josías por venir, y cuando la historia tipificada por el profeta desobediente se repitió en 1844, su predicción del nombre fue nuevamente incorporada al relato profético.

El 11 de septiembre de 2001, el León de la tribu de Judá condujo a su pueblo de los últimos días de regreso a las sendas antiguas de Jeremías, las cuales representaban los cuarenta y seis años durante los cuales el Mensajero del Pacto había erigido un templo al que vendría de repente el 22 de octubre de 1844. Josías había descubierto la maldición de Moisés al iniciar la obra de reparar el templo. La obra de los ciento cuarenta y cuatro mil es representada por Isaías como una obra de restauración.

Y reedificarán las ruinas antiguas, levantarán las desolaciones primeras, y repararán las ciudades arruinadas, las desolaciones de muchas generaciones. Isaías 61:4.

La obra de Josías al reparar y restaurar el templo es la obra que Isaías identifica como realizada por el pueblo de Dios de los últimos días, porque todos los profetas hablan más de los últimos días que de los días en que vivieron. Esa obra también fue prefigurada por quienes salieron de Babilonia en tiempos de Esdras.

Porque éramos siervos; pero nuestro Dios no nos ha abandonado en nuestra servidumbre, sino que ha extendido su misericordia hacia nosotros ante los reyes de Persia, para darnos nuevo aliento, levantar la casa de nuestro Dios, restaurar sus ruinas y darnos un muro en Judá y en Jerusalén. Esdras 9:9.

La obra de Esdras se llevó a cabo cuando habían salido de Babilonia y representa la obra de restauración del templo que Josías estaba realizando, la obra del pueblo de Dios de los últimos días identificada por Isaías, y comenzó el 11 de septiembre de 2001. En el Apocalipsis, Juan también identifica esa obra.

Y la voz que oí del cielo me habló otra vez, y dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel y le dije: Dame el librito. Y me dijo: Tómalo y cómelo; te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Entonces tomé el librito de la mano del ángel y lo comí; y en mi boca era dulce como la miel; pero cuando lo hube comido, mi vientre se amargó. Y me dijo: Debes profetizar otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes. Y me fue dada una caña semejante a una vara; y el ángel estaba en pie, diciendo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas; porque ha sido entregado a los gentiles; y la ciudad santa será hollada por cuarenta y dos meses. Y daré poder a mis dos testigos, y profetizarán mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Apocalipsis 10:8-11:3.

En este pasaje, Juan representa a los milleritas que habían comido el mensaje que estaba en la mano del ángel cuando descendió el 11 de agosto de 1840, pero que también habían sufrido la amarga decepción del 22 de octubre de 1844. De pie ante la amarga decepción de 1844, a Juan se le dijo que él, como símbolo del pueblo de Dios de los últimos días, debía repetir la experiencia representada por 1840 a 1844, señalando así hacia el 11 de septiembre de 2001 y hacia la inminente ley dominical. Se le dijo: "Debes profetizar otra vez delante de muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes", lo cual representa que todo el mundo será iluminado cuando el ángel descienda en Apocalipsis dieciocho, cuando se repita la historia de Apocalipsis capítulo diez - "línea sobre línea".

En relación con identificar la historia que se repetiría cuando el pueblo de Dios de los últimos días profetizara de nuevo, a Juan se le dijo: "Levántate y mide" el templo de Dios. Su "medición" fue identificada específicamente, pues se le había situado en el año 1844, cuando su estómago fue amargado por la desilusión del 22 de octubre. Se le dijo que midiera el templo, pero que dejara fuera el atrio, del cual se le informó que representaba el tiempo de los gentiles, cuando los gentiles hollarían el atrio durante mil doscientos sesenta años. Los mil doscientos sesenta años terminaron en 1798. Juan debía comenzar su medición en 1798 y dejar fuera los mil doscientos sesenta años anteriores, durante los cuales el templo espiritual y la Jerusalén espiritual habían sido hollados. Él se hallaba en la desilusión de 1844, así que de 1798 a 1844 son cuarenta y seis años. Esos cuarenta y seis años representan el templo.

Cuando Juan, como el pueblo de Dios de los últimos días, había de profetizar otra vez, como lo habían hecho de 1840 a 1844, comenzaría cuando el ángel descendiera en el cumplimiento de una

profecía del Islam. Su obra de profetizar de nuevo requeriría una obra de medir el templo, y esa obra representaría una investigación de las “sendas antiguas”, que era la historia representada por el “templo”, la cual comenzó en el tiempo del fin en 1798 y terminó con el gran chasco de 1844. Al comenzar su obra de investigar las sendas antiguas de Jeremías, que es el “templo de cuarenta y seis años” de Juan, se encontró la maldición de Moisés entre los escombros esparcidos por todo el templo, y se cumplió la predicción del Josías que había de venir. La obra de Josías también es identificada nuevamente por Isaías:

Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; levantarás los cimientos de muchas generaciones; y serás llamado reparador de la brecha, restaurador de sendas para habitar. Isaías 58:12.

El pueblo de Dios del tiempo del fin debía restaurar las "calzadas para habitar", que son las "sendas antiguas" de Jeremías. Debían reedificar los lugares asolados de antaño, como lo estaban llevando a cabo los obreros en las historias de Josías y Esdras. Debían emplear la metodología de "renglón tras renglón", pues no iban simplemente a "levantar" la historia fundacional del adventismo, representada por el templo de cuarenta y seis años, sino que al hacerlo debían "levantar los cimientos de muchas generaciones". Debían reconocer que todo movimiento de reforma representa una obra fundacional, que, "renglón tras renglón", identifica los cimientos del tiempo del fin de 1798 a 1844. Debían reparar "la brecha", y la brecha representa la ruptura inicial en una vasija o en un muro que abre el camino para un desastre mayor. La "brecha" que debía repararse era la rebelión de 1863.

Cuando Josías llegó el 11 de septiembre de 2001, el pueblo de Dios de los últimos días volvió a las sendas antiguas de Jeremías y comenzó a medir la historia milerita. Descubrieron la "brecha". Identificaron la verdad de las joyas del sueño de Miller mientras edificaban "los antiguos lugares desolados". Descubrieron los "siete tiempos", como lo había hecho Josías, y restauraron la verdad de Levítico veintiséis y, así, levantaron "las antiguas desolaciones". Cuando restauraron las "primeras" y las "últimas" desolaciones de Levítico veintiséis, entonces reconocieron que una terminó en 1798 y la otra en 1844. Así, su obra de levantar las antiguas desolaciones fue la misma "vara" que le fue dada a Juan y que le permitió medir el templo.

El León de la tribu de Judá guió a Su pueblo de regreso a las sendas antiguas, para que pudieran encontrar el mensaje de la lluvia tardía, y el mensaje de la lluvia tardía es el mensaje del Islam del tercer ay. Cuando finalmente descubrieron las dos tablas sagradas de Habacuc, representadas por los diagramas pioneros de 1843 y 1850, vieron que el fundamento incluía los "tres ayes" de Apocalipsis capítulo ocho, y que el segundo ay había concluido en la historia fundacional donde se había erigido el templo milerita. Entonces reconocieron que la comprensión de la regla de la triple aplicación de las profecías había sido previamente establecida por el León de la tribu de Judá, a fin de que, cuando volvieran a las sendas antiguas de Jeremías, pudieran reconocer "el reposo y el refrigerio", que es el mensaje de la lluvia tardía del tercer ay, el cual está identificado y establecido con los dos testigos del primero y del segundo ay.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

El enemigo procura desviar las mentes de nuestros hermanos y hermanas de la obra de preparar a un pueblo para estar en pie en estos últimos días. Sus sofismas tienen por objeto apartar las mentes de los peligros y deberes del momento. No estiman en nada la luz que Cristo vino del cielo a darle a Juan para Su pueblo. Enseñan que las escenas que están justo delante de nosotros no son de suficiente importancia como para recibir atención especial. Anulan la verdad de origen celestial y despojan al pueblo de Dios de su experiencia pasada, dándole en su lugar una ciencia falsa.

“Así dice el Señor: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él.’ Jeremías 6:16.

«Que nadie procure arrancar los fundamentos de nuestra fe, los fundamentos que fueron puestos al comienzo de nuestra obra mediante el estudio de la Palabra en oración y por revelación. Sobre estos fundamentos hemos estado edificando durante los últimos cincuenta años. Los hombres pueden suponer que han hallado un camino nuevo y que pueden poner un fundamento más sólido que aquel que ha sido puesto. Pero esto es un gran engaño. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto.

«En el pasado, muchos han emprendido la edificación de una nueva fe, el establecimiento de nuevos principios. Pero ¿cuánto tiempo permaneció en pie su edificio? Pronto cayó, porque no estaba fundado sobre la Roca.»

«¿No tuvieron los primeros discípulos que afrontar los dichos de los hombres? ¿No tuvieron que escuchar falsas teorías y luego, habiéndolo hecho todo, mantenerse firmes, diciendo: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto”? 1 Corintios 3:11.»

«Así que hemos de retener firme hasta el fin el principio de nuestra confianza. Palabras de poder han sido enviadas por Dios y por Cristo a este pueblo, sacándolo del mundo, punto por punto, a la clara luz de la verdad presente. Con labios tocados por fuego santo, los siervos de Dios han proclamado el mensaje. La declaración divina ha puesto su sello sobre la autenticidad de la verdad proclamada». Testimonies, tomo 8, pp. 296, 297.